

Beatriz Zamora y la revelación del negro

La pintora mexicana Beatriz Zamora ha realizado a lo largo de los años una vasta obra todavía en gran medida ignorada dentro y fuera de México. Este desconocimiento e incompreensión tienen que ver con una circunstancia extraordinaria: su obra consiste en la gigantesca exploración de un solo color —el negro— tal como se manifiesta en el milagro de la materia. No sería exagerado afirmar que la pintura de Beatriz Zamora es visionaria —e incluso mística—: el negro se le ha revelado como presencia absoluta de la totalidad y la plenitud, y exige ser buscado sin descanso en todos sus rostros mediante una práctica obsesiva, rigurosa, excluyente, impregnada de devoción. La superación o absorción del ámbito de lo puramente sensorial debida a un llamado de lo invisible e inexpresable, hace pensar, frente a la pintura de Beatriz Zamora, en la obra de otros artistas visionarios: Duchamp, Bram van Velde, Joseph Beuys; con éste último comparte también el carácter ritual del acto creador, así como la creencia en la función amorosa y humanitaria del verdadero arte. Al menos alguna idea de la importancia de su trabajo pueden dar las fotografías que ofrecemos a continuación; van acompañadas por declaraciones de la artista recogidas por Eduardo Rubio Elosúa en su libro *Beatriz Zamora. Una artista excepcional* (Monterrey, México, Desde la Periferia, 1997).



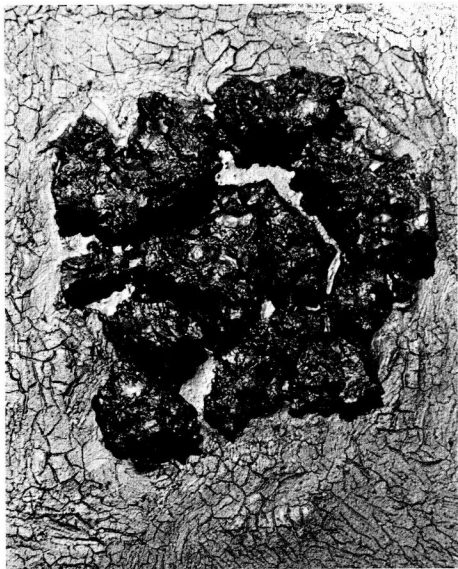
Beatriz Zamora, *El Negro*, técnica mixta.

El tamaño resulta de una necesidad interior del artista. El espacio es determinante para decir lo que uno quiere. Un cuadro pequeño no dice lo mismo que uno grande. Mis cuadros ahora necesitan ser grandes. Yo estoy concibiendo una exposición de ocho planteamientos, de ocho cuadros, cada uno de tres por dos metros. Esto daría una idea mínima de lo que es el negro.



Yo había estado pensando cuál era la materia natural de El Negro y fui a comprar un costal de carbón y un molino. Llegué a la casa, molí carbón suficiente y me puse a trabajar. La serie de "La Tierra" me había enseñado la técnica, de tal modo, que ya sabía qué resinas utilizar y cómo hacer las cosas. Después de doce años de andar buscándolo, hice mi primer cuadro negro y todavía tenía las manos llenas de carbón cuando, de pronto, entró El Negro a la casa. Fue como una revelación. Entró, y al sentir su presencia, me hice polvo. Era tan grande que invadió todo, me lo dijo todo y me lo enseñó todo. Había pasado muchos años sin encontrar lo que yo quería. El Negro era tan visible y tan invisible a la vez, pero tan determinante y absoluto, que gobierna nuestras vidas en lo más profundo. Para llegar a él, tuve que dejar de ser lo que era, hasta ser nada. Necesité partir de cero, de no saber pintar, de no tener nada y al mismo tiempo tenerlo todo, porque el fundamento del negro es el amor. Decidí purificar mi cuerpo. Por un año sólo comí arroz, perejil, sal de mar y té de diente de león. Masticaba muchas veces cada bocado. Todo cambió dentro y fuera de mí. Me deshice de mis pertenencias con excepción de los libros de ciertos poetas. Trabajaba doce horas diarias tratando de encontrar "El Negro". No comía, no dormía; me sentía una antorcha encendida en medio de la oscuridad. Sabía que estaba sola, transitando por un camino virgen, distinto y totalmente inexplorado. El Negro se me reveló como un absoluto con planteamientos infinitos. Comprendí que el negro no tiene por qué estar asociado a lo negativo, a la muerte o al dolor. El Negro es un estado de libertad, de pureza, de comprensión, de unión. Ahí termina todo lo que causa dolor al hombre. El Negro no tiene nada de horripilante, su misterio es mucho más bello que lo obvio.



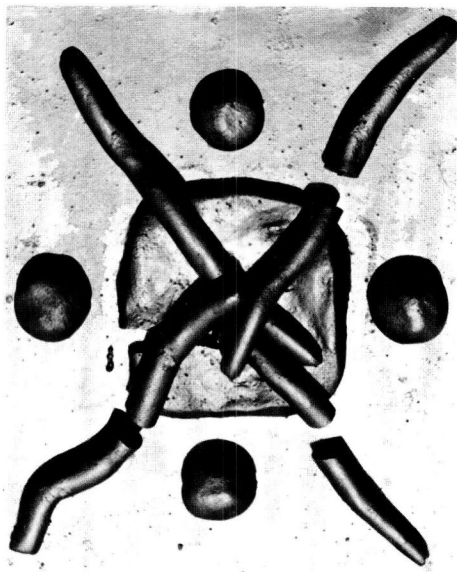


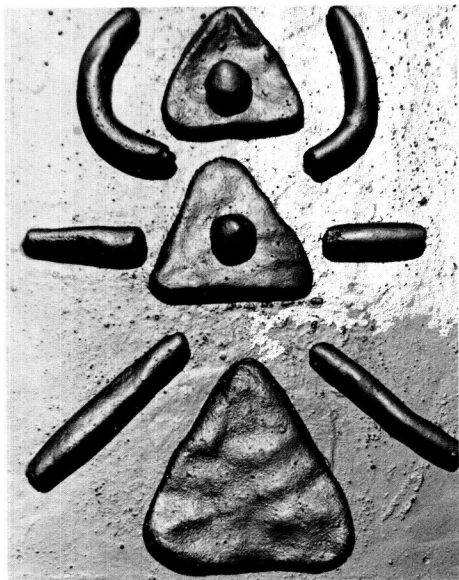
Yo he tenido grandes maestros que me han enseñado lo que no se debe hacer. Mi madrastra, por ejemplo, fue una gran maestra que me enseñó lo que nunca debes hacer. En cambio han sido pocos los que me enseñaron lo que sí se debe de hacer. Aprendí mucho de la filosofía. Nietzsche fue uno de mis primeros maestros. Yo estuve enamorada de él como por dos años. Me sabía sus textos de memoria. Nietzsche habla del hombre superior. Lao Tsé también me enseñó muchas cosas. Ellos de alguna forma reafirmaron algo que yo ya había aprendido en el río en la Sierra de Puebla. Hay tres pintores a los que les debo mucho: Antoni Tàpies, Robert Motherwell y Mark Rothko. Yo no sé por qué ninguno de ellos hizo El Negro, creo que los tres me prepararon el camino. Ezra Pound me enseñó muchas cosas con su poesía. Saint John Perse fue también muy importante en otro tiempo. José Revueltas me enseñó lo que era el honor. Él era un hombre honesto. De Eunice Odio, una poeta costarricense que vivió en México algún tiempo, aprendí algunas cosas. Horacio Caballero me enseñó mucho sobre literatura, poesía y música; Rodolfo Zanabria ha sido importante en mi vida también.





El artista busca la belleza, la belleza es la verdad, es la libertad; la belleza es el amor; la belleza es la justicia. Todo eso es una misma cosa. El artista trabaja por amor y vive enamorado de una idea. Mi trabajo lo realizo como el regalo más bello para los hombres y al perseguir este regalo, entro al campo de las ideas y de lo espiritual que a la vez me da satisfacción y felicidad.





Para penetrar en el universo de El Negro he tenido que darme cuenta del juego que ha hecho el hombre desde el principio de la civilización. Poca gente se atreve a descubrir que todo es una ilusión: las leyes, la justicia, el amor, la libertad. Para trabajar El Negro había que irse por el otro lado, pero, ¿qué era el otro lado? Era ese lugar por el que había que caminar sola porque nadie me podía decir cómo era; era el lado del silencio sobre el cual nadie sabía nada. He tenido que caminar por el reverso, conociendo muy bien el lado derecho para no caer en ninguna de las trampas. Por el reverso no sabemos nada. Es el mundo del absoluto, de lo sublime. Esa ha sido mi vida.

La energía de mi obra está circulando, pero a muchos no les llega porque necesitan vaciarse primero de todo lo que quieren ser y no son, necesitan ponerse en blanco para recibir esta energía. Cuando un vaso está lleno no le cabe ni una gota más. No los juzgo, ni los critico; los trato de entender y los amo como son. Yo trabajo para darle a los hombres una posibilidad más. Hago mi obra para cumplir con mi deber. Este mundo es maravilloso, pero si no lo quieres ver, nunca lo tendrás.





La muerte para mí no existe, es una ilusión como muchas otras. La materia se transforma. Es algo que no me preocupa. No sé qué vaya a pasar conmigo el día que me muera. No quiero gastar mi tiempo pensando en qué va a pasar conmigo ese día. Es algo que por ahora no me interesa. La naturaleza sabrá perfectamente qué hacer conmigo. Hay que estar preparado para morir en cualquier momento, hay que hacer las cosas como si fueran las últimas de tu vida. Cuando decidí morirme a los siete años, veía la muerte como el punto en donde encontraría la paz, la tranquilidad, en donde ya no iba a haber dolor, en donde ya no iba a haber ningún sufrimiento. Eso me fascinaba. La muerte era lo más deseado; era la paz, la armonía completa. Así concebía la muerte, como un lugar de paz, un lugar a donde uno puede llegar y estar completamente libre sin estar y sin ser. A mí me gustaría encarar mi propia muerte con amor, verla de frente. El día que me llegue la muerte quiero estar bien despierta para ver quién es ella.